

Un mes después del asesinato del presidente Madero (cometido el 22 de febrero de 1913), por todos los rumbos de la república se lanzaban nuevamente a la lucha fuertes grupos de los mismos guerrilleros que lo habían llevado al poder y a los que éste, torpemente, había licenciado y menospreciado.

Al coronel Francisco Villa no solamente lo licenció, sino que por intrigas del general Victoriano Huerta, lo encarceló.

Pero Villa, ayudado por el joven escribiente del tribunal militar Carlos Jáuregui, se fugó el 26 de diciembre de 1912 de la prisión militar de Santiago Tlatelolco y se refugió en los Estados Unidos.

Carlos Jáuregui refiere: "En El Paso, Texas, nos preparamos para regresar a México al enterarnos del asesinato del señor Madero. Esto sucedió el 6 de marzo de 1913, poco antes de las 10 de la noche. "La noche era muy oscura... por eso la escogimos. Cruzamos el río a caballo y a poco andar recibimos la primera serenata de balazos. Éramos ocho hombres".

Esos ocho hombres con Pancho Villa a la cabeza fueron el germen de la famosa División del Norte. Llevaban, por todo equipo, nueve rifles 30-30 nuevos, 500 cartuchos, dos libras de café molido, dos libras de azúcar, una libra de sal y algunas pinzas para cortar alambre.

Con ese pequeño grupo Villa se internó en la abrupta sierra de Chihuahua, que él conocía palmo a palmo y en donde era muy querido y admirado. Levantó gente, sorprendió guarniciones federales, las desarmó, limpió de tropas enemigas el estado de Chihuahua y antes de un año, en enero de 1914, estableció firmemente su cuartel general en la ciudad del mismo nombre, capital del estado.

Un mes después del asesinato del presidente Madero (cometido el 22 de febrero de 1913), por todos los rumbos de la república se lanzaban nuevamente a la lucha fuertes grupos de los mismos guerrilleros que lo habían llevado al poder y a los que éste, torpemente, había licenciado y menospreciado.

Al coronel Francisco Villa no solamente lo licenció, sino que por intrigas del general Victoriano Huerta, lo encarceló.

Pero Villa, ayudado por el joven escribiente del tribunal militar Carlos Jáuregui, se fugó el 26 de diciembre de 1912 de la prisión militar de Santiago Tlatelolco y se refugió en los Estados Unidos.

Carlos Jáuregui refiere: "En El Paso. Texas, nos preparamos para regresar a México al enterarnos del asesinato del señor Madero. Esto sucedió el 6 de marzo de 1913, poco antes de las 10 de la noche. "La noche era muy oscura... por eso la escogimos. Cruzamos el río a caballo y a poco andar recibimos la primera serenata de balazos. Éramos ocho hombres".

Esos ocho hombres con Pancho Villa a la cabeza fueron el germen de la famosa División del Norte. Llevaban, por todo equipo, nueve rifles 30-30 nuevos, 500 cartuchos, dos libras de café molido, dos libras de azúcar, una libra de sal y algunas pinzas para cortar alambre.

Con ese pequeño grupo Villa se internó en la abrupta sierra de Chihuahua, que él conocía palmo a palmo y en donde era muy querido y admirado. Levantó gente, sorprendió guarniciones federales, las desarmó, limpió de tropas enemigas el estado de Chihuahua y antes de un año, en enero de 1914, estableció firmemente su cuartel general en la ciudad del mismo nombre, capital del estado.

Fue en esos días cuando vi llegar cinco o seis veces a la oficina de Telégrafos en la que yo trabajaba. -unas en Ciudad Juárez y otras en Chihuahua- a un joven periodista yanqui, alto, delgado, rubio y de pequeña nariz.

Llegaba acompañado de uno de los ocho hombres que 10 meses antes habían cruzado la frontera con Villa para levantar la Revolución en Chihuahua, quien le arrebatava los telegramas, nos los entregaba y recomendaba: 'Muchachos, los telegramas de Juanito por delante', 'Denle preferencia a los telegramas del Johnny'. Después, dirigiéndose a él, le decía: "Vámonos, chatito".

Años después, la Revolución Mexicana terminó, o —como acostumbraban decir algunos empedernidos guerrilleros— degeneró en gobierno, entré a la Universidad, leí "*Los diez días que conmovieron al mundo*", escrito por el famoso John Reed, genial cronista de la Revolución de Octubre, que —obvio es declararlo— también a mí me conmovieron.

Tanto más que ya para entonces había abandonado mi viejo oficio de telegrafista, me iniciaba en la azarosa carrera periodística y andaba en busca de buenos modelos de reportaje en que ilustrarme.

Transcurrieron otros 20 años y una mañana, hurgando en los anaqueles de una pequeña librería en la Ciudad de México, tropecé con este nombre y con este título en el lomo de un libro de pobre y barata edición: *John Reed, México insurgente*. Adquirí el libro, lo devoré y por el prólogo me enteré que este reportaje escrito por John Reed en 1914 se publicaba por primera vez en español en 1954, esto es, 40 años después de escrito, por lo que era desconocido no sólo de los mexicanos sino de todos los públicos de habla española.

Así pues, Johnny. Juanito, el risueño gringo chatito de Chihuahua, era ni más ni menos que el famoso John Reed, heroico cronista también de la Revolución de Octubre.

Renato Leduc
(1897-1986)